

sentimiento de que se sublevase contra su autoridad, queriéndose levantar con el mando un hombre oscuro, aunque no desprovisto de talento, lleno de malas cualidades y poseido de una loca ambicion.

A la vez que esto sucedia, el arcediano Fonseca, sin conocimiento de los Reyes, y por hacer sombra y daño á Colon, disponia una expedicion á las tierras descubiertas, al mando de Alonso de Ojeda, expedicion célebre por sí; en ella Américo Vespuccio dió su nombre al nuevo Continente, por un capricho de la fortuna, Continente que hasta entónces y despues era conocido con el nombre de Islas Occidentales.

La expedicion de Ojeda no tuvo consecuencia, merced á la intervencion de Roldan, que habiendo capitulado con Colon, ejercia á su lado las funciones de alcalde mayor.

El descubrimiento de algunas minas de oro parecia cambiar la faz de las cosas y mejorar la condicion de Colon; pero en la Corte habian criado raíces las maquinaciones contra él; Fonseca soplaba, con verdadero furor, el descontento, y la envidia y la ambicion exageraban las acusaciones contra todos sus actos y providencias.

Contribuia á que todo pareciese sombrío y desagradable, la escasez de recursos del erario, pues, sin fundamento, se creia que los gastos de aquellas expediciones lejanas tenian mucha parte en la miseria.

Detrás de los Reyes se agolpaban empleados hambrientos gritando: "¡paga!" "¡paga!" y cuando pasaban los hijos de Colon que eran de su comitiva, les llenaban de insultos.

Contribuyó á la desgracia de Colon el envío de una grande expedicion de esclavos para su venta; esto hizo estallar en el piadoso corazon de los reyes la indignacion, y mandar á las islas á D. Francisco de Bobadilla, con el carácter de juez, y con instrucciones para prohibir la esclavitud y poner orden en todos los negocios.

Arribó Bobadilla á Santo Domingo el 23 de Agosto de 1500. Recordarémos que Colon habia pedido á los Reyes un letrado

para que conociese las causas de varios reos, ya por sus delitos comunes, ya por los nacidos de las frecuentes rebeliones que tuvo que reprimir con la mayor energía.

A la llegada de Bobadilla estaba ausente Colon, y en su lugar gobernaba su hijo Don Diego.

El presuntuoso juez fué casi testigo, á su desembarco, de ejecuciones mandadas hacer con motivo de las rebeliones, y éste, impaciente por fungir, se acercó á Don Diego, preocupado con que eran ciertas las atrocidades que propalaban contra el almirante los rebeldes.

Hizo saber Bobadilla á Don Diego su encargo publicándolo y mandándole que le fuesen entregados los presos. Don Diego aplazó la obediencia de las órdenes para cuando su padre volviese de la expedicion á que habia marchado; irritado Bobadilla, mostró nuevas órdenes en que se le nombraba gobernador; disponian los Reyes se le entregasen las armas y fortalezas, y por último, que pagase las deudas de la Corona y compeliase al almirante á que pagase las suyas.

Tales providencias, que Don Diego se resistió á obedecer, hicieron cundir la popularidad de Bobadilla, agitando las malas pasiones contra los colonos. El furibundo juez insistió en que se le entregasen los presos, y rehusándolo el alcaide de la fortaleza, reunió algunos marineros y populacho y se dirigió á la prision que sólo estaba custodiada por tres ó cuatro hombres, con armas, escalas y todo el aparato de un asalto formidable.

Colon recibió en la Concepcion la noticia de tanta tropelia y al mismo tiempo la orden de los Reyes, seca y tirante, que le persuadia de su profunda desgracia.

Entretanto, su hermano Bartolomé fué preso y cargado de cadenas, lo mismo que Colon, á quienes embarcaron para España en medio de los más soeces insultos del populacho.

Alonso Vallejo mandaba la carabela que condujo á Colon á España, y trató al almirante con las consideraciones que merecian su genio y su nombre.

Indescriptible fué la sensacion que produjo la llegada de Colon á Cádiz, cargado de cadenas, bajo las terribles acusaciones de Bobadilla.

Los reyes supusieron su arribo, le enviaron auxilios, y á pocos dias lo recibieron en su presencia. Colon, de emocion, no pudo hablar al principio, pero repuesto, hizo una elocuentísima defensa de su conducta, desbarató los cargos contra él acumulados, y los reyes le estrecharon en sus brazos. No obstante aquella restitucion al favor real, á pesar de desaprobarse en su consecuencia la conducta de Bobadilla y separársele del mando, el rey Fernando encontró en las discordias de la Española pretexto para amenguar las liberales concesiones hechas á Colon, quitándole un dominio que calificó de peligroso.

Consecuente con tales pensamientos y dando al almirante por motivo que esperaba que los ánimos se calmasen para volverlo al vireinato, nombró en 1502 á D. Nicolás Ovando, quien partió con una gran flota para su destino.

Colon fingió mirar con desden aquel nuevo golpe de la suerte, y en su inaccion forzada revivió en su mente, más ardorosa que nunca, la idea de recobrar el Santo Sepulcro, antiguo y predilecto objeto de sus sueños, sobre lo que escribió un libro curiosísimo de que hacen mencion sus biógrafos.

Para el logro de sus miras propuso á los reyes una expedicion marítima buscando el istmo de Darien, y logró fomento y auxilios para esta nueva y atrevida excursion. Estimulaba á los reyes el descubrimiento que habia hecho Pedro de Alvarado del Brasil, que habia dotado de grandes riquezas á Portugal.

Colon con una pequeña flota parte en busca de nuevas aventuras, toca Canarias, y la tempestad lo arroja á la Española, donde se le niega la entrada, y rechazado, sufre los horrores de un temporal adverso por algunos dias. Navegando por aquellos mares, encuentra una gran canoa y en ella unos indios que le invitan á ir á su tierra, la que despues, por varias circunstancias, se ha reconocido que era Yucatan. Colon rehusa y prosigue su camino; sin esta circunstancia se habria acelerado la conquista

de la Nueva España, siendo Colon el primero que en ella pudiese los piés.

Perseguido siempre por desencadenadas tempestades y en medio de innumerables trabajos arribó Colon á Costa-Rica, Porto-Belo, y lo que él llamó el Retrete, de donde regresó el 6 de Enero de 1503.

En su travesía, en el punto donde se guareció sublévanse los indios y escapa por milagro; acométele la fiebre, y al fin se refugia en Jamaica en un puerto que llamó Santa Gloria, lugar desierto distante cuarenta leguas por mar de la Española.

En Santa Gloria, con los restos de sus embarcaciones destruzadas por las tormentas, formó unas barracas, y despues de mil congojas, logra Diego Méndez adquirir una canoa, y en ella se lanza á solicitar el auxilio de Ovando.

Colon continúa en Jamaica muy enfermo; se hace sensible la escasez de víveres, y para que nada falte á su situacion horrorosa, se subleva parte de la tripulacion amenazando su vida.

Ocho meses duró tan horrible estado, cuando apareció en direccion de la Española un buque; acercóse: lo mandaba un tal Escobar, enemigo de Colon, quien le llevaba de parte de Ovando un barril de vino, haciéndose á la vela sin prestarle más auxilio.

Al año de la partida de Méndez y del destierro de Colon y los suyos, volvió Méndez con dos embarcaciones, en que regresaron el almirante y su tripulacion á la Española, y de allí volvió Colon á España en 12 de Setiembre de 1504, para ser juzgado por el Consejo de Indias.

Pobre, enfermo y en completa desgracia de los ingratos soberanos, pasó en Sevilla Colon cerca de dos años, muriendo rodeado de sus hijos y de unos cuantos amigos el 20 de Mayo de 1506.

LECCION TERCERA.

Expedicion de Grijalva.—Primeras noticias de arribo de españoles á las costas de México.—Expedicion de Cortés.—Rasgos biográficos.—Preliminares.—Salida de la Habana.—Tabasco.—Veracruz.—Noticias á Moctezuma.—Zempoala.—Tlaxcala.—Alianza con los tlaxcaltecas.

Consumóse el descubrimiento del Nuevo Mundo en 1492.

Emprendióse inmediatamente el tráfico á las Antillas, especialmente á la Habana, llamada entónces Ajaruco, y á la costa de Yucatan: las riquezas que se procuraron los comerciantes decidieron á Diego Velázquez, gobernador de la Habana, á enviar una expedicion al mando de Juan de Grijalva, su pariente, quien con cuatro buques y 240 soldados, partió siguiendo la ruta de Francisco Hernández de Córdova, que habia expedicionado de su cuenta ántes de él; recorrió la costa, deteniéndose poco tiempo en San Juan de Ulúa y dirigiéndose al Pánuco, donde cambiando sus bujerías con los habitantes de sus orillas, reunió el valor de diez mil pesos y se volvió á dar cuenta de su expedicion.

Durante el breve tiempo que Grijalva permaneció frente de Ulúa, los indios se apercebieron de su aparicion, llamaron á sus más notables pintores, que retrataron á los hombres, copiaron caballos é instrumentos de guerra, enviando todo á Moctezuma con la relacion circunstanciada de aquel que parecia maravilloso descubrimiento.

Moctezuma, cuyo fanatismo religioso conocemos y que fué tan decisivo en todos sus actos, se sorprendió con la noticia, creyó encontrarle relacion con las predicciones de la época de Quetzalcoatl, reunió su Consejo, llamó á sus amigos y parientes, á Cacamatzin rey de Texcoco, Cuitlahuatzin de Ixtapalapan y diez más, y despues de sérias deliberaciones, decidieron enviar una embajada á Grijalva, felicitándole por su llegada pero tomando sus precauciones y poniéndole espías resueltos á dete-

nerlo en su camino. Como hemos visto, la pronta partida de Grijalva dejó sin consecuencia esta primera embajada.

Velázquez nombró una nueva expedicion y la puso al mando de Hernan Cortés, hombre audaz, de claro ingenio, de popularidad entre gente arriesgada, y dado á las aventuras, y á quien consideró como el más á propósito para la realizacion de una grande empresa.

Cortés nació en 1485, en el pueblo de Medellin, de la provincia de Extremadura; hizo superficiales estudios en la Universidad de Salamanca, y su genio inquieto le lanzó en pos de la fortuna á las costas del Nuevo Mundo. Al recibir Cortés la noticia de su nombramiento, plantó frente de su habitacion un estandarte y convocó á los hombres de corazon y de amor á la gloria para que le hicieran compañía: fueron los más notables compañeros de Cortés, Alvarado, Ordaz, Olid y Sandoval.

La nueva expedicion partió de la Habana el 10 de Febrero de 1519, y se componia de cuatrocientos quince hombres entre marineros y soldados, diez y seis caballos, once bajeles, diez cañones y cuatro falconetes.

Costeó Cortés el Golfo en la parte que le habia recorrido Grijalva, y penetró, no sin resistencia de algunos indios, por el rio de Tabasco, tomando posesion de aquellas tierras.

En ellas conoció y sedujo á la hermosa jóven llamada despues Doña Marina ó Malintzin, á quien llevó consigo y la hizo la coadjutora más poderosa de su empresa.

Antes de partir á Tabasco, el Padre Olmedo, de la comitiva de Cortés, dió á los indios algunas nociones de religion, con la imperfeccion que es de suponerse en quien ignoraba del todo el idioma.

De Tabasco vino á la Costa de Chalchihuecan, llegó á Ulúa el juéves 21 de Abril, y el domingo de Páscoa se celebró la primera misa en el lugar en que hoy se encuentra Veracruz.

En Veracruz, Cortés dijo á los gobernadores de aquellas costas Tentile y Cuitlapitoc, que traia una embajada del rey de España para el de México. Estos dieron cuenta á Moctezuma con pin-

turas y relaciones como ántes lo habian hecho. El monarca mexicano contestó é hizo regalos á Cortés, pero manifestando la resolucion de no recibirle.

Entretanto, el señor de Zempoala, mal avenido con Moctezuma por antiguos resentimientos, propuso á Cortés alianza, y esta division fué el primer apoyo para la realizacion de los designios del conquistador.

Tomó Cortés posesion de la tierra en nombre de los reyes de España, y procedió á fundar la Villa rica de Veracruz.

Nombró de entre sus soldados ó nuevos vecinos, ayuntamiento, y en esta nueva corporacion hizo la comedia de deponer el mando y volver á recibirlo de manos de aquella representacion real, sin duda para desatarse de todo compromiso respecto de Velázquez. En seguida nombró autoridades locales y se dirigió con sus tropas á Zempoala, donde despues de haber inducido á los totonacas á que aprehendiesen á los recaudadores de tributos de Moctezuma, les puso en libertad é hizo que prestasen aquellos totonacas obediencia al rey de España; destruyó los ídolos y erigió altares al verdadero Dios.

Por aquellos dias reforzó sus tropas con 18 hombres que llegaron de Cuba y Jamaica, envió cuantiosos regalos al rey de España pidiendo la confirmacion de su nueva autoridad, y para quitar á sus tropas toda probabilidad de abandonarle, colocarlas y colocarse él mismo en la alternativa de vencer ó morir en la demanda, quemó sus naves, hecho que se ha inmortalizado en la Historia, como para dar testimonio de una poderosa resolucion.

Dejó en Veracruz cincuenta hombres al mando de Escalante, y el 10 de Agosto se dirigió á México con 415 infantes, 16 caballos y algunas tropas totonacas.

Pasó por Jalapa, Huexotla y otros pueblos hasta las orillas de Tlaxcala, capital de la República que ya conocemos, regida por cuatro señores y un Senado, al que pidió permiso para atravesar el país.

Dióse á Cortés, despues de algunas dificultades, el permiso;

pero se ordenó secretamente á Xicotencatl, célebre general tlaxcalteca, que procurase exterminar á los extranjeros: tales órdenes dieron por resultado reñidos combates, de los que no sin mucho esfuerzo pudieron salir victoriosos los españoles.

La República pidió al fin la paz, tal vez más en odio á Moctezuma que por amor á Cortés, que entró en Tlaxcala el 26 de Setiembre de 1519.

Fuerte el conquistador con la alianza de zempoaltecas y tlaxcaltecas, vió con gozo ingresar á sus filas, primero á los huejotzingas y luego á Ixtlilxochitl, que con una oficiosidad que lo deshonra á los ojos de la Historia, desde Otompan donde se encontraba ofreció á Cortés sus servicios.

LECCION CUARTA.

Alojamiento en Tlaxcala.—Xicotencatl.—Tentativas de Cortés sobre conversion de los indios.—Bautismos de indias.—Nuevas alianzas.—Cholultecas.—Doña Marina.—Incendio y horrosas matanzas en Cholula.—Disculpas frívolas.

Dejo á la consideracion de mis oyentes la apreciacion de la sorpresa de españoles y de indios en sus entrevistas: la novedad para los unos; el asombro y la pavora de los otros.

En Tlaxcala fueron alojados los españoles espléndidamente, recibiendo á cada momento testimonio de leal y sincera amistad. Los presentes y agasajos se multiplicaban; la abundancia de víveres tenia en holgura y contento á los conquistadores.

A pesar de todas las pruebas de adhesion que recibia Cortés, su vigilancia era extrema, y rigurosas sus prevenciones para evitar una sorpresa. Esto, percibido por sus fieles aliados, les hizo prorrumpir en quejas, y les determinó sin duda á llevarle, para afianzar su alianza, algunas doncellas hermosísimas para que se desposasen con Cortés y sus principales capitanes.

El mismo Xicotencatl, padre del afamado general que tanto

se distinguió en las batallas de los tlaxcaltecas contra Cortés, presentó á una de sus hijas, bella como un ensueño de felicidad, y fué dada á Pedro de Alvarado, á quien ya hemos hecho notar por su gentileza y su bravura.

Cortés acogió á las damas que iban en lo futuro á ser de su familia, por expresarme así; pero advirtiendo con sagacidad que impedían los matrimonios proyectados las creencias diferentes, aprovechó la ocasion para explicar las excelencias del cristianismo y disuadirlos de la práctica de su culto abominable, insistiendo en que suspendiesen los sacrificios humanos.

Los tlaxcaltecas, aunque sumisos á Cortés, mostraron su resolución de no abandonar sus creencias sino con la vida, por lo cual se limitó á pedir uno de sus *cues* ó pequeños templos á los tlaxcaltecas, para levantar allí un altar á la Virgen María, y mandar se celebrase la Misa.

Bautizáronse las indias presentadas á los españoles, tomando las tres principales de entre ellas los nombres de Doña Luisa, Doña Leonor y Doña Elvira.

Entretanto Cortés no perdía momento para extender su prestigio y contraer nuevas y poderosas alianzas, y para informarse de la topografía de México, sus recursos y cuanto le era conveniente para el logro de su colosal empresa.

Maravillaban á los españoles las relaciones sobre estos particulares. Pintábase á México situado en una isla inexpugnable; hacian mencion de sus palacios, de sus templos suntuosos, de sus puentes y calzadas, y exponian con vivos colores el cuadro que ya conocemos de la verdadera magnificencia que ostentaba Moctezuma.

En el alma de los asombrados aventureros surgian encontrados afectos de ambicion y de perplejidad al lanzarse á un desconocido, fantástico, seductor y rodeado de peligros.

Cortés envió aviso á los Cholultecas para que lo recibieran al dispnerse á partir de Tlaxcala.

Los cholultecas eran en un tiempo, como ya sabemos, fieles amigos y aliados de los de Tlaxcala; pero en una batalla que

ambos pueblos dieron á los mexicanos, los cholultecas mataron por la espalda á sus aliados, de acuerdo con sus enemigos, y tan horrenda accion inundió, como era natural, odio profundo. Así es que, cerca de Cortés aparecian encontradas influencias.

Los embajadores mexicanos trabajaban por que el conquistador desconfiase de los tlaxcaltecas, para así privarlo de su poderoso auxilio. Los tlaxcaltecas, ya comprometidos con Cortés, procuraban que evitase toda union con los de Cholula, porque los agentes de los mexicanos tenian que obrar conforme con las inspiraciones que de ellos recibiesen.

Los mexicanos instigaban á los de Cholula para que traicionasen á Cortés, y éste observaba la marcha de las cosas, disminuyendo, para no descontentar á los mexicanos.

Los tlaxcaltecas, de acuerdo con su odio á los de Cholula, hicieron entender á Cortés que era despreciaativo é inconveniente el manejo que habian tenido no enviándole mensajeros ni dándole testimonio alguno de simpatía.

Los cholultecas se escusaron de su falta, haciéndole presente que moltraba su conducta el encontrarse en un pueblo enemigo; pero esta respuesta la dieron á Cortés por conducto de cuatro plebeyos, lo que era despreciaativo: procuró nuevas explicaciones y nuevas excusas, quedando el uno con sus desconfianzas, burlándose los otros de los españoles.

Emprendió Cortés su viaje en medio de aclamaciones y agasajos; despidió parte de sus fuerzas aliadas, y se avisó á la ciudad con sus españoles y cosa de seis mil indios sus aliados.

Cholula era considerada ciudad de alta importancia; tenia sobre cuarenta mil casas y multitud de templos: sus industrias se encontraban en el estado más floreciente.

Fabricaban los cholultecas ricas telas de algodón, en la altura no conocian superior, y en joyería gozaban de renombre.

Toda la ciudad acudió á la entrada de los españoles; derramaban flores á su paso; tañian sus desapacibles instrumentos músicos y les presentaban frutas y víveres.

Cortés fué alojado en una de las principales casas, amplia,

cómoda, de extensos patios, y de capacidad bastante para contener un ejército.

A los muy pocos días de estar Cortés entre los cholultecas, comenzó á notar que le faltaban víveres: hubo rumores de desconfianza; denuncias ciertas dieron consistencia á las sospechas.

Doña Marina preveía, vigilaba, acogía las denuncias con honda reserva, cuidando á Cortés con diligencia suma y valiéndole por todo un ejército.

Persuadióse por fin Cortés de lo que pasaba; supo que el suelo estaba minado, y que por las calles que forzosamente tenían que pasar, había encubiertos hoyos llenos de estacas agudísimas para inutilizar su caballería. Las mujeres y los niños habían emigrado de la población muy disimuladamente; en una palabra, la ciudad entera se había convertido en una inmensa trampa; no debía salir con vida ninguno de los amigos de Cortés.

En situación tan peligrosa, resolvió Cortés tentar todos los medios que le parecieron oportunos para salvarse.

Llamó á su presencia á los sacerdotes y los nobles; les preguntó si tenían queja de él ó de sus soldados; les prodigó los testimonios de su consideración. Los cholultecas contestaron muy satisfechos, creyendo así encubrir sus intentos, y Cortés quedó mucho más desconfiado y resuelto á jugar el todo por el todo en aquel lance terrible.

Manifestó al último su intento de proseguir su camino, y los cholultecas se fueron contentos, creyendo llegada la hora de la destrucción de los españoles.

Al siguiente día de esta entrevista y al despuntar el sol, salieron los tlaxcaltecas con órdenes severísimas de que arrollasen todo lo que obstruyese su paso, sin respetar sino á las mujeres y á los niños.

Prontos los soldados de Cortés, en buen orden y aprestados para el combate, esperaron la llegada de los nobles y de los criados que traían víveres y obsequios á Cortés.

Penetraron en el patio y rodearon á los españoles: Cortés dió orden para que custodiasen las puertas de modo que no dejaran salir á ninguno de los que en aquel recinto se encontrasen, y así, en medio de ellos, les requirió de nuevo si tenían queja de él y de la conducta de las tropas: respondieron negativamente; entonces Cortés, con el rostro encendido en ira, y ébrio de furor, les echó en cara su perfidia y dió la terrible señal de la matanza.

Cayeron los españoles sobre aquellos desgraciados, como un grupo de tigres rabiosos, destrozando sus cuerpos, bañándose en sangre, cubriendo el pavimento con un todo formado de entrañas, miembros y despojos humanos. Encarnizados aquellos feroces soldados, salieron como torrente de llamas, asolando todo lo que encontraban á su paso, y propagando la espantosa carnicería. Los indios, aterrados y sucumbiendo á millares al principio, se rehicieron en medio de los alaridos de las mujeres, los gritos de los moribundos y el horror de la pelea; acogiéronse á los templos, y desde ellos opusieron vigorosa resistencia: de repente comienza el incendio, vuela de casa en casa, y ondea sobre los templos, difundiendo el espanto.

Oigamos á Clavijero:

“Arden las casas y las torres de los santuarios; por las calles
“no se ven más que cadáveres ensangrentados ó próximos á
“que los devoren las llamas: sólo se oyen insultos y amenazas,
“los débiles suspiros de los moribundos, las imprecaciones de los
“vencidos contra los vencedores, y los lamentos que dirigen á
“sus dioses quejándose de que los habían abandonado.”

Apartemos los ojos de ese horrible cuadro.

Vuelto Cortés á su alojamiento, hizo cesar, aunque muy tarde, la matanza. Despues quitáronse de las calles los cadáveres, volvieron las mujeres y los niños á pisar las cenizas formadas con los despojos de su pueblo y los huesos de sus padres, y sobre la ciudad aniquilada apareció el signo de la cruz, como designando el suplicio horrible. no la redención de un pueblo.

Fingió creer Cortés, y así lo comunicó á los embajadores de Moctezuma, que los mexicanos no habian tenido parte en aquellas maniobras, encargándoles dijesen á su Señor, que si hasta aquel momento habia sido bueno y clemente, podia no ser así en lo sucesivo.

LECCION QUINTA.

Auxilio á los totonacas.—Muerte de Escalante.—Marcha de Cortés á México.—Derrotero.—Aviso á Moctezuma.—Visita del rey de Texcoco.—Encuentro de Cortés y Moctezuma.—Comitiva del monarca azteca.—Hospedan á Cortés en el suntuoso palacio de Axayacatl.

Miéntas pasaban en Cholula los tremendos acontecimientos que hemos referido, en las costas de Veracruz Quaupopoca, Señor de Nautla, recibió orden de Moctezuma para perseguir á los totonacos: hizo varias felices correrías. Escalante acudió en auxilio de los totonacos y derrotó á sus enemigos, aunque perdiendo la vida de resultas de sus heridas.

Ocultó Cortés semejante desgracia cuidadosamente, y despues de dejar en el mejor arreglo Cholula, y de procurar la reconciliacion de cholultecas y tlaxcaltecas, emprendió la marcha para México, objeto de sus ensueños más halagadores.

La marcha se emprendió en el mejor orden, haciéndose notable, para los pueblos por donde atravesaba el conjunto del ejército español con su artillería formidable, sus caballos y ginetes, y marchando con ellos los aliados aguerridos, orgullosos por hacer la campaña con los españoles.

Siguieron su camino entre los dos volcanes, haciendo parada en Izoalco, desde donde pudieron descubrir el panorama encantador de México, con su ciudad inmensa rodeada de mil pueblos y caseríos, como flotando en las aguas sus árboles y calzadas, y su conjunto encantador que conocemos.

En este tránsito y hasta su llegada á México, Cortés recibió

viveres y obsequios, así como escuchaba quejas contra la tiranía de Moctezuma, y ofrecia remedio para todos los males que sufrían, aumentando el número de sus aliados.

Consultando Cortés el camino que deberia seguir, despues de escuchar varios pareceres, se decidió por el que le señalaban como más peligroso.

Antes de salir Cortés de Cholula, envió á Moctezuma recado, mostrándole extrañeza por ciertos manejos, instando en que le repugnaba que con insistencia tenaz pretendiese disuadirle á pasar á México, objeto de su viaje, y de cuyo intento no prescindiria en manera alguna, obedeciendo las órdenes de su gran Soberano.

Moctezuma entretanto, lleno de inquietud, atormentado por presentimientos funestos, en zozobra perpetua por las defecciones de sus súbditos, con verdadero horror por las relaciones de las batallas y por la hecatombe espantosa de Cholula, se retiró á hacer austera penitencia á su palacio llamado Telitlanquematl, para implorar el auxilio de sus dioses: hizo nuevos y más valiosos presentes á Cortés, ofreciéndole amistad á su rey, pero rogándole se abstuviese de pasar adelante.

Los pueblos del valle y sus inmediaciones corrian como rios caudalosos al encuentro del ejército; la muchedumbre formaba muro á las orillas de los caminos, y el asombro se pintaba en todos los semblantes.

Siguió Cortés su marcha por las fértiles y pintorescas tierras de Amecameca, cruzó por Tlalmanalco, y en Ayotzingo recibió la visita del rey de Texcoco.

Llegó éste en su litera, sobre la cual flotaban riquísimas plumas, y le acompañaba respetuosa la nobleza; y observó un ceremonial tan circunspecto y culto, que asombró á los españoles.

Siguió su viaje el conquistador, de Ayotzingo á Cuaunahuac, hoy Cuernavaca, donde á cada paso más maravillados los españoles, contemplaban la exuberante vegetacion de nuestra tierra caliente. De este lugar se dirigieron á Ixtapalapan, la de los